

La casa dividida

El equilibrio inestable de la situación española en la primavera del 2005

VÍCTOR PÉREZ-DÍAZ*

1. HISTORIA DEL PRESENTE

Hacer historia del presente y, más aún, acompañar el presente con una reflexión crítica son tareas ingratas y arriesgadas, pero forman parte del oficio del científico social o del filósofo político que trata de comprender un proceso en curso. La historia vista bajo la modalidad del presente es un drama abierto, y eso orienta el análisis hacia la decisión del momento y el uso de un lenguaje de 'opciones' entre 'alternativas'. La realidad, después, muy probablemente, discurrirá por los cauces de las no-decisiones, los compromisos, las ambigüedades y las victorias a medias; pero el analista del presente no puede, ni debe, permitirse el lujo de tanta complejidad y tanto realismo *ex post facto*; porque no está detrás de los hechos, sino, en cierto modo, delante de ellos.

Por otra parte, todo análisis debe tener un contrapunto reflexivo dado que la situación se analiza siempre a partir de un punto de vista. El autor debe explicar el suyo y, al hacerlo, invitar al lector a que sea consciente de sus actitudes y sus juicios previos. Por esto, al analizar la situación actual, centrando mi atención en el espacio público y la política, comienzo con una referencia a mi perspectiva y su evolución reciente.

Breve génesis de un análisis

Haciendo balance en 2003 de la experiencia española desde la transición, cabía pensar

* Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

que, al cabo de un cuarto de siglo, la experiencia había sido *grasso modo* un éxito, y yo mismo me incliné entonces por un balance semejante, aunque con reservas. De hecho, en 1996, había publicado un libro, *España, puesta a prueba*, partiendo de la *crisis* de mediados de los años noventa y resaltando, por tanto, la importancia de las altas tasas de paro y los asesinatos del GAL, la posterior política de ocultamiento de esta vulneración del estado de derecho y el drama ritual de su exposición pública. Aun así, el haber de la transición seguía pesando más que el debe. El libro fue publicado en inglés, con añadidos sustanciales, en 1999, y ya para entonces su título se había convertido en *España en la encrucijada*, lo que era indicio de que el grado dramático de la crisis, 'la prueba', se había amortiguado ligeramente con el paso del tiempo. Cuando más adelante una editorial italiana publicó una nueva versión (puesta al día) del libro, en 2003, decidí ponerle un título que sugería que la prueba había sido superada: *La Lezione spagnola*. Se lo aconsejó un economista y politólogo italiano, Michele Salvati, quien escribió un largo ensayo, como introducción, comparando Italia y España, precisamente para poner de manifiesto las lecciones que, de la experiencia española, podían extraer los italianos. Lo hizo desde una perspectiva académica, pero también la de una persona comprometida activamente en una estrategia de *centro-sinistra*, pensando que había en el libro un mensaje cívico genérico, no partidista, que él compartía y podía ser útil para el desarrollo de un espacio político civil en Italia; y que la lección española se refería a aspectos importantes no sólo de la vida política, sino también económica, social y cultural. De hecho, el libro ha sido discutido en Italia, y lo sigue siendo, con intensidad en círculos académicos y, hasta

donde se me alcanza, por políticos, de la izquierda como Giuliano Amato y del centro derecha como Domenico Fisichella.¹

Acepté el título con reservas, pero lo acepté, porque entendí que alguna lección había en la experiencia española, y simpatiqué con el propósito de pedagogía cívica que animaba, y anima, a mis amigos italianos. Pero mis reservas existían, y se expresaron *in extenso* en el ensayo final que escribí para ese libro, cuya última sección acabó publicándose en español, en el número centenario de *Papeles de Economía Española* (100, 1, 2004), esta vez con el título de *Los puntos débiles de la vida pública española*. En él dejé constancia de que la experiencia española de la transición había tenido luces importantes, pero me centré en sus sombras, sus puntos débiles, que son el punto de arranque de las consideraciones que vendrán a continuación.

Con esta breve historia de unos títulos de libros y de un análisis, intento sugerir la necesaria complejidad del juicio sobre esta experiencia española, que debe incorporar nuevos elementos conforme pasa el tiempo y aceptar varios puntos de comparación, de modo que la experiencia puede parecer mejor cuando se la compara con la de una sociedad que tal vez se imagina ser menos civil, pero peor cuando se la mide contra un estándar de mayor civilidad.

2. LA DEBILIDAD DE LA VIDA PÚBLICA ESPAÑOLA Y LAS DOS TAREAS POR HACER

El lector puede encontrar la exposición de mi tesis del flanco débil de la vida pública española en el número de *Papeles de Economía Española* antes mencionado, y no me parece apropiado repetirla aquí. Pero, reducida a su mínima expresión, la tesis se resume en el diagnóstico de que, al cabo de casi treinta años en los que España ha sido libre, y por tanto responsable de sí misma, resulta que tiene

¹ El lector puede ver el debate académico entre Alfonso Botti, Marco Cipolloni, Michele Salvati e Ivo Diamanti en *Spagna Contemporanea 2004*, 25, pp. 159-183, y el artículo de Giuliano Amato, "La memoria è el futuro di un paese", en *La Repubblica*, 20 enero 2004. El ensayo de Michele Salvati, "Spagna e Italia: un confronto", sirve de introducción a Victor Pérez-Díaz, *La Lezione spagnola: società civile, politica e legalità*, Il Mulino, Milán, 2003.

(es decir, que se ha hecho) una identidad colectiva débil, que está ligada a una memoria histórica fragmentaria y confusa, la desatención del futuro y una escasa percepción del lugar que España ocupa en el mundo. Cuestiones todas importantes a la hora de enfrentarse con grandes retos o circunstancias difíciles, como son las de la globalización, la inmersión en una Europa sin rumbo claro, la integración de una inmigración masiva y culturalmente muy distante, el creciente desafío de los nacionalismos periféricos, y unas amenazas geoestratégicas ciertas, graves y urgentes.

La evidencia empírica que sustenta la tesis de la debilidad española incluye piezas que hacen referencia a insuficiencias del sistema educativo (enseñanza general, formación profesional y educación superior), el sistema de investigación y desarrollo (véase, por ejemplo, la evolución de las patentes o de la balanza tecnológica en un marco comparativo), el nivel de competitividad y productividad de la economía, la importancia relativa de nuestro aparato de política exterior (un ejército, una diplomacia, una comunidad de debate y una opinión pública) o, en general, la calidad del debate público sobre los temas más diversos ('Europa' puede ser uno, 'la cuestión ecológica' puede ser otro).

A partir de aquí, el problema de las respuestas razonables a la situación actual, la definida por el último año y medio, de la vida española, se puede plantear en estos términos. Dado que no tenemos bien puestos los cimientos del edificio, lo lógico sería reforzarlos. Esto puede requerir tanto tiempo como el transcurrido desde la transición, es decir de veinte a treinta años. Ésta sería la primera tarea. Pero, ¿qué ocurre mientras tanto? Dado que los retos son graves y nuestros cimientos débiles, ¿podremos evitar un proceso de deterioro rápido en caso de crisis grave? La segunda tarea sería la de impedir una deriva hacia el caos, bajo forma de incivilidad, es decir, de división, confusión y apocamiento; digamos, un poco dramáticamente, la de impedir que el país 'se nos eche a perder' en cuestión de pocos años. Y es desde esta perspectiva, alerta pero no alarmista, desde la que ofrezco al lector varios comentarios concatenados unos con otros sobre el proceso en curso, que glosaré muy ligeramente para situar a cada uno en su contexto, y a los que precede una observación general que me sirve de puente entre las tesis anteriores y los comentarios, puesto que la definición de las tareas por hacer requiere la elucidación de los criterios de la acción.

3. LOS CRITERIOS DE LA ACCIÓN: CIVILIDAD E INCIVILIDAD

Las virtudes de la paz, la claridad y el coraje cívico, y los vicios de la división, la confusión y el apocamiento

La observación general es de carácter, digamos, aristotélico: el ser humano puede realizar sus mejores potencialidades gracias al ejercicio de la virtud; es su manera de crecer y tratar de alcanzar su plenitud. En congruencia con estas tesis, creo que las debilidades de un sujeto histórico como la comunidad de los españoles de hoy, con identidad indecisa, memoria confusa, poca visión del futuro y escaso sentido de la realidad exterior, pueden repararse gracias al ejercicio de ciertas virtudes cognitivas y morales básicas.

En términos generales, una sociedad civil o civilizada necesita, en especial en lo que concierne a su política y su espacio público, los valores vividos (y no meramente declarados) de la paz, la lucidez y el coraje cívico, que son tres componentes esenciales de la virtud general de la civilidad.

La sociedad civilizada necesita, en primer lugar, un espacio público caracterizado por un clima de paz y no de incivildad y división, porque, como dice el texto sagrado, una casa dividida consigo misma no puede preservarse y aboca a su destrucción (Marcos 3, 24-25). En segundo lugar, necesita una ciudadanía en la que predomine cierta claridad cognitiva y moral, y no una en cuyo seno reine la confusión y el nihilismo moral; porque, en la ofuscación y el desconcierto, la inteligencia de los detalles (el residuo de un proceso de racionalización meramente formal o instrumental) puede conducir al personal a hacer con mucha precisión bombas para inspirar terror u hornos crematorios, o campos de concentración, muy bien organizados, eficaces y eficientes. En tercer lugar, necesita, asimismo, gentes capaces de escuchar y responder a la llamada fundamental de "non abbiate paura", no tengáis miedo, y, por tanto, con corazón suficiente para enfrentarse con las incertidumbres y peligros de la vida sin escaparse a toda prisa buscando refugio y protección; con confianza en sí mismos, confianza en los demás, y cierta generosidad para dar sin esperar recibir lo mismo con un ligero plus adicional la mañana siguiente, y, en consecuencia, con recorrido emocional suficiente para atreverse a correr ciertas aventuras, perseguir ciertos objetivos quijotescos,

y adoptar algunas otras actitudes de un carácter 'inútil' semejante, y, entre otras cosas, para enfrentarse con las decisiones irrazonables de los poderosos o los consensos irrazonables de sus conciudadanos.

Por el contrario, si en la sociedad se desarrollan los vicios opuestos o las pautas de conducta contrarias a las virtudes de la paz, la claridad y el coraje cívico, su proceso de maduración se interrumpe y es reemplazado por uno de regresión hacia la incivildad y, eventualmente, hacia su autodestrucción. Aquellas virtudes ocupan un terreno intermedio entre dos series de vicios opuestos: el exceso de unanimidad y la división, el dogmatismo vehemente y la confusión, la *hubris* (o soberbia) y el apocamiento. En la España presente, creo que los vicios de la división, la confusión y el apocamiento son los que nos amenazan más de cerca, y pueden llevarnos a la regresión incivil; por eso, centraré en ellos mi atención.

4. LOS DRAMAS INTERNOS

Mis comentarios al proceso en curso se refieren a la campaña electoral de 2004, a la decisión de la retirada de las tropas de Iraq, al debate en torno al desenterramiento de los muertos durante la guerra civil y al contencioso vasco, con sólo una alusión a otros temas, como el de la integración de la inmigración, que puede crear extraordinarios problemas a la cohesión social del país a medio plazo (o no, en función de factores en cuya discusión no puedo entrar aquí).²

El tono incivil de la campaña electoral de 2004

Poco antes de la primera guerra mundial, nadie pensaba que Europa estaba tan cerca del abismo, pero aparentemente bastó un proceso acumulativo de arrebatos, astucias y torpezas de políticos, agentes mediáticos y otros miembros de sus círculos dirigentes, para que las sociedades europeas, metidas en un mecanismo de locuras miméticas, llevaran al límite sus conflictos y entraran en un ciclo de autodestrucción que se llevó

² Diversas partes de las secciones 4 y 5 han aparecido en dos artículos en *El País*, el 13 de febrero y el 27 de abril de 2004.

por delante buena parte de dos generaciones y dejó la huella indeleble de dos totalitarismos y dos guerras mundiales. Curiosamente, la época precedente a aquella guerra fue, como la de hoy, una de instituciones liberales o semiliberales en muchos países europeos, de economía de mercado y globalización, desarrollo científico y tolerancia, movimientos sociales amplios y juventudes inquietas. Había, sí, un clima de *malaise*, pero también un fondo de optimismo. Los conflictos del pasado se habían dirimido con guerras que entonces parecían antiquísimas, y se creía que las del futuro serían breves y no demasiado cruentas.

Quizá conviene recordar aquellas falsas ilusiones del pasado para ahorrarnos las del presente, porque la corteza de la civilización ni fue tan firme entonces ni lo es hoy como para que no pueda ceder a la barbarie; y, por eso, cada generación tiene la obligación moral de defender el nivel de civilización al que llegue en cada momento, siendo lúcida y valerosa, con frialdad de juicio y evitando líderes resentidos o confusos en tiempo de crisis. Pero vengamos a la España presente.

Ya del tono de la campaña electoral de 2003/2004, incluso antes del 11-M, cabía inferir que España se estaba acercando a una crisis de cierta consideración. Se fueron avivando los rescollos del fuego de la indignación moral suscitados en torno a los temas del hundimiento del *Prestige* y de la oposición a la guerra de Iraq; lo cual se combinó con la irritación acumulada en varios sectores de la sociedad ante una política de comunicación del gobierno descuidada y displicente, la activación de las inquinas entre 'izquierdas y derechas', y las pasiones nacionalistas. En la campaña se pronunciaron palabras como "el drama está servido", "no pasarán" o "nos acercamos a 1936" en tono de advertencia y desafío, que iban más allá de los acaloramientos habituales en esos trances electorales y colocaron gradualmente al país en el horizonte de un drama real. Tales expresiones indicaban un grado de apasionamiento político incivil, opuesto al tono de consenso civilizado en torno a los grandes problemas del país de hacía una generación. Pero no se trataba de una mera retórica. Poco a poco se fue viendo que aquellas expresiones tenían su lógica, la de crear el ambiente propicio para echar por tierra los acuerdos constitucionales de entonces.

Por esto, en realidad, los actos que acompañaron las palabras fueron mucho más dramáticos que las palabras mismas. El anuncio unilateral por parte del nacionalismo vasco de un referéndum (ile-

gal) de autodeterminación en el País Vasco cuestionó la soberanía del pueblo español, es decir, la clave de bóveda del edificio constitucional. Pero la respuesta socialista sonó ambigua, dando a entender tanto que podía rechazarlo como que podía acabar no haciéndolo así y aceptar buena parte de él, en aras de mantener un "clima de diálogo". Con ello, se sugería, cabría mejorar la convivencia a corto plazo en aquella región, aunque quizá a costa de hacerla más difícil en el conjunto del país, tanto más cuanto que muchos pensaban que la solución dada al problema vasco serviría de precedente para una solución, no idéntica pero sí análoga, al problema catalán. Reforzaba esta posibilidad la percepción común de lo que podía significar el diálogo con los terroristas vascos del líder de Esquerra Republicana, un partido en alianza de gobierno precisamente con los socialistas catalanes.

Esta ambigüedad estratégica, escorada a favor de los nacionalistas, vino acompañada de una retórica que era, también, ambigua, pero esta vez escorada en contra de los populares. Los socialistas exhibieron una actitud pacífica, pero lo hicieron de tal forma (y aquí la forma es contenido) que subrayaron una y otra vez el desprecio que sentían por sus contrincantes del grupo popular. Ofrecieron su diálogo a gentes a quienes describieron, y descalificaron, como autoritarias e incluso mendaces, incapaces de dialogar, y negaron con esta descalificación la sustancia de su oferta. Denunciaron la crispación de sus adversarios usando los términos, los gestos y los tonos precisos para aumentarla. Denigrando sistemáticamente sus actos o sus intenciones, confiaban tal vez en que sus adversarios respondieran, como a veces lo hicieron, en los mismos o parecidos términos, y que ello, a su vez, reforzase su estrategia, que estaba orientada a ocupar el espacio tanto de la izquierda como del centro, y, por tanto, a presentar la derecha moderada como una derecha extrema. Se fue abriendo así un foso moral y emocional entre los dos grandes partidos nacionales (sus cuadros, sus bases, sus simpatizantes) que habría de impedir (o dificultar gravemente) su eventual entendimiento sobre cuestiones de fondo, tales como la organización territorial del estado.

El resultado de todo esto ha sido retrotraernos, como en un túnel del tiempo, hacia el pasado. En parte, hacia los años sesenta, que vienen a coincidir, curiosamente, con la época de nacimiento de los actuales líderes partidistas. De los jóvenes se ha dicho que a veces imaginan que el mundo ha comenzado con ellos, y tal vez estos jóvenes dirigentes, sin saberlo, en un movimiento reflejo

de vuelta a sus orígenes, nos cogen de la mano para devolvernos a sus años de infancia. Pero con la peculiaridad de que la vuelta sería a unos años sesenta vividos en la modalidad existencial de la exacerbación un poco artificial de los recuerdos de la guerra civil, y no en la de la superación relativa de aquella experiencia, que fue quizá la modalidad más típica de los años setenta.

De una manera u otra, con ese impulso inconsciente o sin él, el tono de la campaña electoral tendió a hacernos retroceder, siendo curioso que esto ocurriera justo cuando el país llevaba un decenio marchando adelante en una dirección bastante razonable y con bastante éxito (si olvidamos las asignaturas pendientes, desde hace treinta años, de la ciencia, la educación superior y la cultura), como resultado de los esfuerzos de unos y otros; porque, por debajo de la alternancia en el poder, y dejando partidismos y dramas personales a un lado, ha habido una notable continuidad en política institucional y económica, y social. Ministros socialistas como Belloch y Solbes, ya en los años noventa, dieron pasos importantes para restablecer la aplicación de las reglas del estado de derecho a la lucha antiterrorista, y para ajustar nuestra economía de mercado a la realidad de nuestro tiempo. Luego, con los gobiernos de una derecha moderada que ganó dos elecciones democráticas, la segunda por mayoría absoluta, vimos la consolidación gradual del estado de derecho, y un crecimiento bastante notable de la economía, de su empleo (enorme) y de su proyección internacional. Todo esto ocurrió, como suele ocurrir en países civilizados, construyendo sobre lo mejor de lo que ya se había hecho, aprovechando los vientos favorables o plegándose a los adversos, y gracias al esfuerzo de la propia sociedad. Sucedió, también, al tiempo que el nivel de los conflictos sociales internos era bajo y el de respeto hacia España en el exterior se reforzaba por razones evidentes, como eran las de que cumplía sus compromisos para entrar en la zona euro, cumplía sus compromisos con el Pacto de Estabilidad, y, puestos a jugar el juego habitual de la defensa de los intereses nacionales en el marco europeo, exigía que se respetasen los compromisos contraídos en el Tratado de Niza: una exigencia coherente con la lógica de la construcción europea, que es la de que *pacta sunt servanda*, los pactos se hacen para cumplirlos.

Todo esto ha sido, es y debe ser objeto de debate político; pero es obvio que esta experiencia acumulada de diez años había dejado a España en una posición importante de visibilidad en la esce-

na internacional, un valor adquirido que cualquier gobierno futuro debería administrar, pero no ignorar. Sin embargo, justo en un momento en el que, vista desde fuera, España parecía estar razonablemente orientada (comparada con Francia, Italia o Alemania, por ejemplo), he aquí que se abrió el flanco de traer a debate una nueva organización territorial, no en el marco de un consenso civilizado que favorece el acercamiento, sino en el de actos y palabras dramáticos que propician el enfrentamiento. Curioso momento elegido para crear un clima de desconfianza mutua, deslegitimar por activa y por pasiva a los adversarios políticos, vivir la experiencia de la política como una pasión incivil, de amigos y enemigos, y, en el momento de remontar el vuelo, sumergirnos en un agujero negro de debates interminables, entrecerrados de ambigüedades e indignaciones ciegas.

Es probable que todo esto se haya hecho por una mezcla de estrategias deliberadas atentas a unos intereses, y de pasiones: el cainismo de unos, la ofuscación ideológica de otros, o la timidez, o la modestia, de quienes no quieren volar y se sienten más cómodos con un país más 'en su sitio', el que le asignan otros países europeos más importantes. Es decir, las pasiones correspondientes a los vicios de la división, la confusión y el apocamiento, a los que me refería antes.

Los atentados del 11-M

La apoteosis de la incivildad de la campaña electoral se dio muy cerca de su final, cuando, bajo la presión de las circunstancias extremas de los atentados terroristas del 11 M, muchos políticos 'perdieron los papeles'. Entonces asistimos a apresuramientos, astucias, errores de juicio, orquestaciones de la opinión, torpeza a la hora de manejar la información, excesos partidistas, falta de respeto mutuo, desprecio de la legalidad, y división emocional y moral graves del cuerpo electoral. Todos estos fallos se dieron cita en el momento simbólico solemne de unas elecciones legislativas que deberían haber sido la ocasión para la celebración de la unidad de la nación política en torno a las instituciones de la democracia liberal. La ceremonia de la unidad se convirtió en la de la división, la confusión y el temor.³

³ Un análisis de estos acontecimientos puede verse en mi artículo antes citado "Los puntos débiles de la vida pública española", pp. 20 y ss.

Pero hay algo más. La pérdida de los papeles de los políticos puso de manifiesto el carácter sumamente deficiente del debate público sobre la guerra de Iraq durante los meses, incluso años, anteriores. Deficiente en el sentido no de que las posiciones enfrentadas no fueran, todas, plausibles, sino en el de que las premisas morales, emocionales y cognitivas del debate eran endebles. Una parte considerable de la opinión adoptó su postura sin acabar de darse cuenta de la complejidad y la peligrosidad del mundo actual, y dejándose llevar de sentimientos de paz, de temor y de autoconservación. La clase política se dividió en dos segmentos que tenían, ambos, argumentos legítimos. Pero una parte de la clase política no se acabó de dar cuenta del país en el que estaba, y tomó sus decisiones sin apenas esfuerzo alguno de pedagogía cívica y de diálogo, minimizando los riesgos de la situación; mientras que otra parte eligió una postura de mimetismo del sentimiento popular y de seguimiento de la lógica de la rivalidad partidista, más que de aplicación rigurosa de la ética política de la responsabilidad.

Las circunstancias revelaron las debilidades de todos, la sociedad y sus políticos. Y la elección misma dejó pendiente la pregunta de saber si, al final, la sociedad tiene los recursos necesarios, incluidos el recurso cognitivo de entender su situación y el recurso moral de permanecer unida en situaciones trágicas, es decir, el realismo y el temple precisos para dar una respuesta eficaz al terrorismo internacional, sobrevivir y afirmar su identidad como una sociedad abierta en las condiciones muy peligrosas de nuestro tiempo.

5. RIESGOS Y PELIGROS DE LA REALIDAD EXTERIOR

La retirada de las tropas de Iraq

Las elecciones se realizaron, lógicamente, en medio de una bruma, y el aire ligeramente surrealista de la vida política española en las semanas que siguieron pareció sugerir que esa bruma tardaría en disiparse y que, probablemente, los españoles tenían por delante un largo rodeo antes de encarar la realidad y llamar las cosas por su nombre. De hecho, sobreviven incertidumbres sobre el quién, el cómo, las causas y los objetivos de los atentados, y la comisión parlamentaria de investigación sobre los sucesos de marzo ha ido perdiendo credibilidad a lo largo de los meses posteriores, habiendo producido

unos resultados decepcionantes. Nada de esto fue óbice, sin embargo, para que, desde el primer momento, no se intentara crear la impresión de que la situación estaba bajo control. Como en una representación escénica, los actores principales, los nuevos gobernantes, hicieron declaraciones y tomaron decisiones, con su cabeza erguida, mientras que los ciudadanos (el público) moviendo las suyas de arriba abajo o de izquierda a derecha, asentían o disentían; pero cabe imaginar que lo que rondaba por dentro de todas esas cabezas era la pregunta de si, cuándo, dónde y cómo volveríamos a sufrir un ataque masivo de los terroristas, y si a los trenes de la muerte y las estaciones sucederían los almacenes, los estadios o las casas convertidas en tumbas. En realidad, el horizonte de la vida había quedado transformado por el 11-M, y era imposible el retorno a la normalidad sin el pensamiento subyacente de que nada volvería a ser normal.

En situaciones límites como aquéllas, el juego de la política, que suele implicar la extraña presunción de que los políticos, respaldados por las naciones soberanas, son capaces de controlar su futuro o, como se dice a veces, su destino, tiende a generar un sinfín de ficciones; y el caso español ha ilustrado esta tendencia general. Primero, se desdibujaron las causas del resultado electoral, y el partido ganador simuló ignorar el efecto electoral del atentado (y el perdedor, el de la guerra de Iraq), para, a renglón seguido, convertido en gobernante, pretender que cumplía justo lo que incumplía, pues se apresuró a sacar las tropas de Iraq renegando paladina y ostensiblemente de su compromiso de hacerlo sólo si la ONU quedaba en evidencia de no hacerse cargo de la situación antes del 30 de junio de 2004; y lo hizo, no esperando al 30 de junio, ni al 30 de mayo, ni al 30 de abril, ni al 20, sin dar a las Naciones Unidas, ni a la propia Europa, espacio suficiente para comprometerse en una cuestión que requería de ellas. Tomó la decisión a las pocas horas de llegar al poder, entre el suspiro de alivio de muchos españoles y el aplauso de sus medios fervorosos, es decir, la tomó mirando a los suyos, esperando su voto y su alabanza, cuando lo que había que hacer era mirar dónde estaba el peligro, los enemigos y los aliados, que interpretaban (todos ellos) con clarividencia las cosas como eran, y llamaban por su nombre a lo que era una retirada repentina en medio de una batalla.

Un eslabón débil

Lo más preocupante de todo esto ha sido tanto el fondo como la forma. Una parte del fondo

de la decisión del momento, la salida de las tropas, podía darse por supuesto. En realidad, el péndulo fue de un extremo a otro. Los gobernantes anteriores se excedieron al pretender dar protagonismo internacional a un país que lo rehúsa íntimamente, en parte por inercia de siglos y en parte porque sabe que no tiene los recursos (ejército, aparato de inteligencia, tecnología, investigación) ni la ambición para ello, y, además, se siente (comprensiblemente) vulnerable. Tomaron decisiones de política exterior legítimas, pero demasiado arriesgadas, sin contar con suficiente apoyo en la opinión pública. Los actuales, creyendo aprender del error del contrario, se han quedado demasiado cortos, y se han refugiado detrás de un núcleo de países europeos, como Francia y Alemania, ignorando, o fingiendo ignorar, que ese núcleo carece de una gran estrategia para resolver los problemas del momento, ni en política internacional, ni en la europea, ni en la de sus propios países, y va a remolque de los acontecimientos. Además, el modo de tratar la otra parte del fondo del asunto, relativa a la condición y al plazo de la salida de las tropas, muestra un descuido de nuestra responsabilidad internacional en varios frentes: el de reforzar los organismos internacionales, el de crear un consenso europeo en materia de política exterior y de defensa, y el de dar una solución razonable a la situación de Iraq (teniendo en cuenta lo que sabemos de los deseos de los habitantes de la región, tal como se han expresado en las elecciones realizadas en 2005, esta vez ya sin presencia española alguna). El péndulo nos ha llevado de un exceso a otro, dejándonos en la tesitura de encontrar un equilibrio entre ambos extremos, basado en una apreciación realista del peligro actual, el fortalecimiento del vínculo atlántico y el objetivo último de un orden mundial pacificado.

Encontrar ese equilibrio requiere resolver cuestiones tanto de fondo como de forma, de los gobernantes y de los ciudadanos. Un problema de forma es la manera elusiva y equívoca de hacer una política con aires de decir la verdad diciéndola a medias, primero, endureciendo la condición inicial contenida en el programa electoral, que no incluía el control militar de la ONU, y luego, ignorando toda condición y plazo. Tanto más si quien la hace, declarándose pacífico y humilde, mira ceñudo al personal y "con el dedo ya tocando la boca ya la frente silencio avisa o amenaza miedo", porque aviso o amenaza es estigmatizar, como a gentes que desprecian al sagrado pueblo, a quienes digan la simple verdad de que los terroristas islámicos de Atocha fueron decisivos a la hora, primero, de las elecciones y, segundo, de la

retirada de las tropas de Iraq. Lo cierto es, sin embargo, que con ese ocultamiento de la verdad sólo se consigue alimentar la división, la confusión y la debilidad. Fingir que el 11-M no es (como lo fue el 11-S) una declaración de guerra por parte de unos enemigos dispuestos a un combate sin cuartel es dar alas a la fantasía de que podemos vivir descuidados; incluso puede dar pie a que las gentes se acostumbren a las noticias de una matanza periódica 'allá lejos', con la esperanza oculta e inconfesable de que no les toque a ellos o de que la amenaza se desplace a otro país occidental (quizá de manera parecida a como algunos se han podido acostumbrar a que el terrorismo vasco golpeará lejos, quizá a otra región, o simplemente a otros).

Decirnos la verdad y enfrentarnos con ella es importante, porque España es un eslabón débil del mundo occidental y lo seguirá siendo si la ciudadanía, acostumbrada a un clima internacional benigno, está descuidada en materias de defensa y seguridad. En realidad, salvo que esa ciudadanía se resigne a un papel subordinado y pasivo, debería prepararse a debatir, con realismo, si considera como un problema, o no, que, hasta ahora, el presupuesto de defensa haya sido muy modesto y que el aparato de inteligencia y de seguridad interior apenas haya centrado su atención en el problema del terrorismo islámico.

España tiene, además, fronteras extensísimas y porosas para una inmigración islámica que no acaba de comprender y a la que no está sabiendo (pudiendo o queriendo) incorporar. Bajo ciertas condiciones, este colectivo puede contener redes de apoyo numerosas y eficaces a ese terrorismo. Para que no ocurra así habría que hacer muchas cosas. Los inmigrantes tienen que comprometerse en el respeto y en la defensa del orden de libertad del país que les recibe. Éste no sólo debe ejercer tareas de control y vigilancia, sino también implicarse en una tarea de educación cívica, dar un trato de equidad hacia los inmigrantes y, mirando más lejos, desarrollar una política de buena vecindad atenta a las necesidades de crecimiento económico y moderación ideológica de los países del otro lado del Mediterráneo.

Para realizar una política de defensa y seguridad eficaz, es condición indispensable que el país se ponga en estado de alerta y se mantenga unido en lo fundamental. Esto no es fácil cuando una parte crucial de la clase política está decidida a meterse de hoz y coze en una crisis constitucional y muchos se obstinan en polarizar al país entre

izquierdas y derechas; pero lo cierto es que, sin esa unidad, la vulnerabilidad del país es extrema.

Esta unidad requiere ejercitar la razón y discernir entre unos valores y otros, pero también cultivar ciertos sentimientos. Por esto, conviene acertar con el proceso ritual aplicable a la hora de aliviar los traumas de la violencia y dar salida a los sentimientos de angustia o de ira que esos traumas provocan (por ejemplo, los atentados terroristas). Es obligado acompañar a las víctimas, compartir su dolor y hacerlo nuestro; pero conviene evitar tanto un arrebató de sentimientos ciegos de venganza como una vorágine de quejas y reproches internos mezclados con súplicas a los terroristas para que no nos sigan matando, lo que, aparte de poco realista, puede ser contraproducente. Puede debilitar en los supervivientes su disposición a la legítima defensa, y su resolución tanto para identificar y castigar a los asesinos como para prevenir y anticiparse a su acción.

6. LAS MEMORIAS TURBADAS DE LA GUERRA CIVIL

El discernimiento en el uso y el entendimiento de la violencia es fundamental para la construcción de una sociedad civil pacificada. En último término, la lógica de esta sociedad es la transformación del conflicto violento en un debate y un *modus vivendi*, y la conversión de los enemigos en adversarios, sobre la base del respeto de las reglas fundamentales de la convivencia. Esto se aplica *ad extra* y *ad intra*, es decir, también a nuestros propios conflictos, tanto del presente como del pasado, que se conservan en la memoria de todos y, en ocasiones, de manera muy dolorosa, como ocurre con los recuerdos de nuestra guerra civil.⁴

En la guerra civil española de 1936 a 1939 los asesinados en la retaguardia fueron muy numerosos por ambos lados. Sus restos se acumularon, a veces, en fosas comunes y anónimas. En el afán reciente de familiares, amigos y compatriotas por desenterrar y enterrar de nuevo algunos de estos muertos, sobre todo los vencidos, late el impulso moral de honrarles. Se trata de extraerles de la tierra de nadie para depositar sus cuerpos junto a sus señas de identidad, su nombre, los

⁴ Una versión de esta sección fue publicada en // *Corriere della Sera*, el 11 de octubre de 2004.

lugares y las fechas de su nacimiento y de su muerte, y la expresión del recuerdo de los suyos. Hay que establecer el lugar de encuentro entre ellos y nosotros. También hay que hacerles justicia y restablecer el orden moral de la comunidad, superando miedo y rencor. La difícil paz de una guerra civil dolorosísima e inolvidable sólo llega, si llega, a través de un rosario infinito de honras fúnebres, acompañadas de un entendimiento razonable de la situación y de los sentimientos apropiados. Estas honras no colman el vacío de un olvido, inexistente. La guerra nunca ha sido olvidada y su memoria ha sido un factor crucial del desarrollo de la conciencia cívica en los españoles de los últimos cincuenta años. Y estas honras son incompatibles con un uso partidista de los recuerdos, orientado a una polarización ideológica de la sociedad.

La experiencia de la muerte violenta de los españoles en la guerra, vanguardia y retaguardia, ha sido transmitida de generación en generación por millones de voces en todos los tonos y todos los ámbitos, incluido el seno de las familias. Fue una experiencia horrible e inolvidable. Los españoles han vivido con este recuerdo de manera ininterrumpida desde el primer día de la guerra hasta hoy. Quienes tenían entonces 15 a 25 años, y lucharon en ella, tenían entre 55 y 65 en la transición. Durante esos cuarenta años intermedios, una parte de los vencedores recordó su triunfo y una parte de los vencidos, su derrota. Pero otra parte crucial de vencedores y vencidos vivió sus recuerdos de manera problemática. Trató de conectarlos con aprendizajes del pasado y con proyectos de futuro que hicieran imposible la repetición de aquel drama, y transmitirlos así a la generación siguiente. Muchos de quienes aparecieron en la escena pública entre 1956 y los años setenta, hijos de los combatientes, hicieron suyo ese recuerdo problemático, convertido en un estímulo crucial de su conciencia política.

Por eso, la *modalidad* de la presencia de la guerra en la transición fue la de estar en ella como una experiencia problemática, y no como una que se pudiera definir mediante la aplicación de una calificación moral abstracta, de buena o mala, desvinculada de sus condiciones históricas. *No hubo pacto alguno a favor del olvido*. Si pacto hubo (más bien tácito) fue contra la simplificación y el uso superficial y maniqueo de aquella experiencia. Su recuerdo estuvo *situado* en una coyuntura histórica definida por una tarea por hacer, y fue actualizado y modulado en función del contexto, para hacerlo compatible con una ética política de la responsabilidad por las consecuencias de los

actos que ese recuerdo pudiera poner en movimiento.

Quienes hoy denuncian el olvido de la guerra simplemente descontextualizan su recuerdo. Tal vez atienden a estrategias de carácter partidista, que procuran la polarización ideológica del país y cuestionan aquel clima de civilidad de la transición democrática. La clave de estas estrategias puede estar dada, una vez más, por el contexto histórico de los años setenta y ochenta. En ellos, el país vivió varios dramas rituales de exaltación y humillación de los poderosos del momento y, de este modo, el franquismo fue arrinconado y, más tarde, el Partido Socialista sustituyó al partido centrista que había protagonizado la transición. Estos dramas fueron suavizados por un pacto de civilidad entre los adversarios políticos, del que formó parte el modo de manejar los recuerdos. Pero en esa secuencia cíclica (y educativa) de grandezas humilladas, algo ocurrió en la transición del socialismo al Partido Popular que distorsionó la lógica del ritual. El Partido Socialista, que había insistido siempre en su superioridad moral, encontró su salida del poder empañada moralmente por la combinación de escándalos financieros con la involucración de algunos de sus elementos en los escuadrones de la muerte contra los terroristas vascos y en la manipulación consiguiente del estado de derecho para ocultarla. Expuestos a las miradas de todos, con la conciencia inquieta y la sensibilidad a flor de piel, algunos socialistas interpretaron las denuncias de sus abusos como si quienes les denunciaban rompieran el pacto de civilidad que había puesto un límite a los furores políticos durante la transición.

Amparados en esta lectura, denunciaron con indignación la moralidad política de sus denunciantes. Su respuesta no se limitó a tratar de impedir que sus oponentes ganaran el centro electoral, identificándoles como 'la derecha'. Fue más allá e intentó estigmatizarles como una 'derecha franquista', carente de legitimación democrática. Esta respuesta, iniciada en los años noventa, cobró cuerpo con las elecciones de 1996, y se intensificó con la victoria del Partido Popular por mayoría absoluta en 2000, tanto más cuanto que en el calor de la contienda, y con el intercambio de golpes consiguiente, nunca faltaron razones o pretextos para justificarla.

En 2000 se da el impulso asociativo decisivo al movimiento de los desenterramientos de las fosas comunes de los vencidos de la guerra. Aunque hay que insistir en que el movimiento tiene sus propios motivos, su eco en los medios de comuni-

cación se presta a sugerir una convergencia, en sus objetivos, su modo y su lenguaje, con una estrategia de polarización ideológica por motivos partidistas. Pero que la convergencia se realice, o no, es un asunto abierto por los dos lados. El sentimiento básico de honrar a los muertos, su gravedad, repugna sus usos sectarios; y por eso un testigo puede contarnos cómo la reacción de una mujer campesina ante los restos exhumados de su abuelo ejecutado es la de proclamar "no su ira, sino su tristeza", por él, por su madre que le vio irse, por ella misma, por todos⁵. A su vez, el Partido Socialista se debate entre dos estrategias distintas a medio plazo: una que conduce hacia la polarización ideológica, y otra que responde a un talante más conciliador. La experiencia irá mostrando si mantiene ambas, o si opta, de manera consecuyente, por alguna de ellas.

Por ahora, estamos ante un fenómeno complejo con un núcleo moral y emocional loable, como es honrar a los muertos para reconstruir una comunidad política moral que ha estado siempre, y seguirá estando, obsesionada por el recuerdo de la guerra. Una vez reconocido lo bien fundado de ese núcleo, cabe preguntarse sobre las condiciones para que esas honras fúnebres cumplan su función ritual propia, y civil, de justicia y reconciliación, y no se vean sujetas a usos ideológicos y partidistas, inciviles.

La polarización ideológica que amenaza hoy a todos los países occidentales se presenta en cada uno bajo modalidades singulares, que reflejan su experiencia histórica. Pero estamos en un momento en que nos hace falta afianzar nuestro sentimiento de identidad colectiva. Las honras a nuestros muertos deberían ayudarnos a reforzar nuestra comunidad, no a romperla.

7. EL DRAMA DE ÚLTIMA HORA: EL LABERINTO VASCO

En el momento de escribir estas páginas, acaban de tener lugar las elecciones vascas de abril de 2005, y, en congruencia con la intención de comentar la historia del presente que he atribuido a este ensayo, creo que debo asumir, una vez más,

⁵ Véase el testimonio recogido por Elizabeth Kolbert, "Looking for Lorca", *New Yorker*, vol. 79, n.º. 40, diciembre de 2003.

el riesgo de equivocarme sugiriendo una lectura del estado actual del problema del País Vasco.

Estamos a las resultas de los grandes cambios estratégicos de hace unos años, que afectan, sobre todo, a los nacionalistas y los socialistas, con los populares en el fondo del escenario. En el momento del pacto de Estella, los dirigentes del PNV decidieron una estrategia soberanista, que concitara el apoyo, directo o indirecto, por activa o pasiva, de todos los nacionalistas. Desde entonces, han llevado a cabo una operación deliberada, sistemática y precisa que aboca al plan Ibarretxe. La pieza central de éste es un referéndum de autodeterminación para aprobar, más tarde, un estatuto de estado libre asociado con el estado español, presumiblemente como paso previo a la independencia total. Apostar por el referéndum de autodeterminación es razonable, desde su punto de vista, por razones tanto estratégicas como tácticas. Estratégicamente, porque por sí mismo ese referéndum es ya un acto de soberanía, que anticipa la realización del objetivo final. Tácticamente, porque el solo hecho de plantearlo crea una escisión entre el electorado vasco, en especial el nacionalista, que ve natural y lógico el derecho a decidir por sí mismo, y el resto de los españoles, que son vistos como quienes se oponen, sin razón, a una pretensión 'tan natural y tan lógica'. Los nacionalistas vascos esperan que, en ese forcejeo, aquellos votantes suyos que prefieren mantener el lazo con España y se sienten reticentes ante la plena independencia, acaben indignados contra quienes se oponen a su derecho a decidir por sí mismos y reaccionen, como esos hijos que reafirman su identidad contra unos padres autoritarios, yéndose de casa.

En su camino, el PNV y sus aliados han conseguido el apoyo de una mayoría holgada del Parlamento vasco en temas cruciales, como el de la realización del referéndum. Su plan incluye dos etapas muy claras: en la etapa A, obtienen una independencia de facto, y en la etapa B, la independencia de jure. Han cobrado confianza en que la independencia caerá al final como una fruta madura en no muchos años. No creen que una Europa como la actual, o la que está en curso, desvaída en su estructura institucional, en su cultura política y en su política sustantiva, quiera o pueda imponer una transacción final del contencioso vasco que no respete la decisión de un estado libre asociado que reclame su independencia.

Hubo un tiempo en que socialistas y populares tuvieron una estrategia común en la defensa del marco constitucional existente, Estatuto de

Guernica incluido, y, en la única instancia electoral en que experimentaron con esta fórmula (las elecciones de 2001), llegaron muy cerca de igualar los resultados electorales de los nacionalistas. Pero, muy poco después, los socialistas decidieron interrumpir la experiencia y optar por la estrategia, muy distinta, que han seguido en los últimos años. Es una estrategia interesante y arriesgada. Consiste en ofrecer a los nacionalistas un compromiso ambiguo, que los socialistas puedan presentar al resto de España como un compromiso histórico, y que los nacionalistas puedan presentar a los vascos como un compromiso provisional.

La oferta se resume en un nuevo Estatuto cuya sustancia sea aceptable para los nacionalistas, es decir, lo más parecido posible al de un estado libre asociado, y, además, en una alternativa de referéndum que permita salvar la cara del PNV y su liderazgo actual, porque no se trata de un referéndum de autodeterminación, sino de uno de ratificación del nuevo Estatuto. En este diseño estratégico, los nacionalistas vascos del PNV dan un paso adelante en su larga marcha hacia la independencia: conservan el control de la situación local, siguen construyendo su nación vasca gracias a su gestión, su control de las redes sociales y económicas correspondientes, y su política educativa y lingüística. Nada se opone a que den otros pasos en su momento, que puede ser próximo. Los incentivos de este diseño para los nacionalistas extremos, incluidos los del entorno terrorista, son claros. La plena legalidad les permitiría compartir el poder político, reconvertirse en un partido a imagen y semejanza de Esquerra Republicana de Catalunya, formar parte, antes o después, del gobierno y ejercer una influencia decisiva en los acontecimientos. Incluso cabe tentarles con una visibilidad destacada y la vuelta de los presos. La violencia quedaría sin razón de ser. Los socialistas aparecerían como los pacificadores del estado español, y confiarían en un voto de gracias por parte del electorado español en unas elecciones (quizá anticipadas). Los populares, aislados, quedarían entre la espada de una resistencia numantina, que les haría parecer obstinados e irrazonables, y la pared de una concesión, con la que se mostrarían débiles y acomodatícios.

Este diseño es compatible con varias formas de gobierno. La más obvia es que el PNV gobierne con su entorno de partidos próximos y afines, contando siempre con un juego complejo de apoyos y abstenciones, en los momentos oportunos, de socialistas y de nacionalistas extremos, porque todos tienen un papel que desempeñar en esta representación. Pero caben otras fórmulas a las

que se puede llegar a través de maniobras barrocas que desconcierten al personal, pero no pierdan el norte del compromiso en cuestión.

Los socialistas confían en que un diseño semejante, tan ingenioso y tan flexible, se imponga. Para ello, completan su repertorio de incentivos con una campaña de opinión para que el público interprete los resultados de las elecciones vascas como el fracaso del plan Ibarretxe, y con mensajes a los nacionalistas vascos, recordando a los moderados lo complicado que puede ser realizar un referéndum, ilegal, de autodeterminación, y a los extremos, lo fácil que puede ser ilegalizar un partido.

La realización de este diseño estratégico plantea, sin embargo, algunos problemas. El primero, y más importante, es que no está claro que el PNV no tenga más opción que aceptarlo. También, puede interpretar de otra forma el resultado de las elecciones. Por ejemplo, puede pensar que, al final, la relación de fuerzas en el Parlamento vasco apenas ha variado, pues los adversarios del soberanismo (socialistas y populares) sólo han pasado de 32 a 33 escaños sobre un total de 75; y que esos adversarios están más divididos que antes, hasta el punto de que los socialistas ofrecen un compromiso bastante parecido al plan del PNV para la etapa A. Éste puede medir la relación de fuerzas y decidir ir adelante, lo que responde a su impulso de estos años atrás. Puede temer que no hacerlo así dé una baza a los radicales. Puede pensar que hacerlo abrirá una crisis constitucional del estado español de consecuencias imprevisibles, pero, quizá llevado de la *hubris* (soberbia) —¿y qué partido no se puede dejar llevar de una pasión tan humana?—, puede imaginar que los liderazgos de los otros partidos son efímeros y están distraídos con muchos problemas, mientras que el PNV, que permanece, como su pueblo, *sub specie aeternitatis* y cuyo ideario tiene la fuerza de una idea fija, está llamado a prevalecer.

Segundo, si la estrategia socialista sale adelante con el concurso del PNV (y de los radicales), puede muy bien ocurrir que el compromiso sea 'pan para hoy y hambre para mañana', si, como no sería de extrañar, no es aceptado por el resto de los españoles, o siéndolo en un primer momento, no lo fuera a la vista de sus consecuencias: la perspectiva de una desmembración a un plazo más largo (la gente puede vislumbrar en el horizonte la etapa B), y el aumento de las tensiones entre unos territorios y otros y de las tendencias centrífugas en general. El compromiso puede no funcionar si el PP se resiste a entrar en el juego, y el PP puede

entender que sería suicida para él, y para el país, hacer tal cosa. Tampoco es impensable que una parte del propio Partido Socialista, inquieta por motivos patrióticos, se asuste ante una crisis semejante y tema sus consecuencias electorales. Por otra parte, estas especulaciones dan por supuesto que el nacionalismo radical desempeñará el papel que se le asigna, pero la experiencia sugiere que esto no ha ocurrido así nunca, hasta ahora, lo que introduce un factor de incertidumbre muy alto en la ecuación.

Finalmente, hay que tener en cuenta que la estrategia política socialista se está llevando a cabo en una modalidad de acción y de retórica política caracterizada por su extraordinaria ambigüedad. Esto puede tener sus ventajas, pero una ventaja que *no* tiene es la de suscitar la confianza *razonada* del público. Éste queda relegado, una vez más, al papel de público espectador, que espera de un *deus ex machina* el milagro que le haga estallar en aplausos al final de la obra. Pero si la obra termina mal, puede haber protestas. Y si termina peor, el público puede salir corriendo del teatro.

Así pues, estamos ante una estrategia ingeniosa e interesante, de alto riesgo, que mantiene a la ciudadanía en un estado de confusa expectativa.

8. BALANCE PROVISIONAL: UN PROCESO DE ENTROPÍA EN CURSO

Dada la breve perspectiva del año y medio transcurrido desde el otoño de 2003 a la primavera de 2005, conviene dejar el proceso abierto a varios desenlaces, evitar la tentación de sobredramatizar las cosas prematuramente, y terminar este ejercicio en un tono de anticlímax, de alerta y no de alarma; incluso corriendo el riesgo de que, en un entorno acostumbrado a los gritos, la media voz se pierda.

Para una llamada de alerta quizá baste con señalar que el proceso en curso es uno de entropía, o desorden, que se va desplegando a un ritmo gradual, todavía lento. Esto permite que las gentes se vayan acostumbrando a él, sin traumas y en un estado de semiconsciencia. Por el momento, se van acumulando los signos de unas pautas de división, confusión y apocamiento inquietantes; aunque, por otra parte, estas pautas afectan de manera distinta a las distintas esferas de la vida social,

haciéndolo de manera más intensa en el caso de la política y el espacio público (que es el foco de este análisis), y relativamente menos en el de la economía, aunque quizá se trate aquí de una cuestión de tiempo.

Las pautas de división, confusión y apocamiento están interrelacionadas. La casa dividida es, lógicamente, confusa, porque vive en medio de un ruido creciente de monólogos entrecruzados. Es también apocada, o falsamente humilde, porque la división y la confusión reducen su capacidad para resolver problemas o acometer empresas, es decir, para remontar el vuelo, y esto, comprensiblemente, reduce su horizonte a lo más inmediato. Claro es que, en un mundo cada vez más problemático, los problemas sin resolver o dejados para mañana crecen, y las probabilidades de que vayan a peor aumentan; y de este modo, por sus pasos contados, la combinación de división, confusión y apocamiento pueden traer la ruina de la casa. (También puede suceder que estos vicios acaben dando lugar a una reacción extrema hacia los vicios opuestos de la unanimidad forzada, el dogmatismo y la soberbia; pero éste es un tema que no voy a desarrollar aquí.)

Hemos visto cómo la división es obvia y profunda dentro de la clase política y su entorno mediático, parece exacerbarse en el caso del País Vasco y se apunta de manera más ambigua en alguna otra comunidad autónoma. La escisión vasca es, ciertamente, una posibilidad real; y, si tal cosa ocurre, el nuevo dibujo del mapa de España puede tener un impacto desconcertante. Mientras, el reto de la inmigración a la cohesión social va cobrando cuerpo. Por otra parte, hay otras tensiones, que aquí no he podido analizar, como las existentes entre la Iglesia católica y el mundo laicista, que tienen un calado considerable, porque afectan a cuestiones cruciales como la educación, la familia y el espacio público. Estas tensiones de fondo no han hecho más que empezar.

La confusión permanece sobre varios aspectos importantes de la vida política. Por ejemplo, sobre lo ocurrido entre el otoño del 2003 y la primavera del 2004: sobre las raíces de la incivilidad del clima político de entonces y sobre el trauma de los atentados. Incluso, en el propio análisis de las elecciones de 2004, los juicios están todavía demasiado cargados de partidismo, y falta medida y distancia para colocar las cosas en perspectiva. El contencioso autonómico parece ir de ambigüedad en ambigüedad hacia un desenlace final que algunos imaginan como una solución milagrosa y otros como una caída en el abismo. Pero el trasfondo de

esas confusiones parciales es más amplio, y se refiere tanto al diseño institucional y la identidad de Europa (que es, cada vez más, el marco de referencia de los problemas españoles) como, yendo más al fondo de la conversación social, a los criterios de una sociedad bien ordenada. Los referentes culturales de esta conversación en España son pobres, y no mejoran esta situación el ruido del debate partidista y mediático habitual ni la calidad de la educación.

En cuanto al apocamiento, conviene distinguir entre las diferentes esferas. En cierto modo, no es apocamiento sino prudencia la de una política económica que parece seguir el consejo de Montesquieu, de tratar las instituciones con manos ligeras y temblorosas para no interferir en su funcionamiento, y dejar que la economía siga su curso; y ésta puede hacerlo gracias al marco regulador moderadamente liberal que se ha ido estableciendo en los últimos diez o doce años. Pero tampoco traduce aquella discreción en la política económica un ánimo esforzado de grandes reformas en temas que lo requieren.

En todo caso, no hay signos de un ánimo semejante respecto a lo que está sucediendo en el ámbito de los fundamentos culturales de la vida del país, la educación y la investigación, que son la clave del futuro del país, y cuya debilidad augura claramente que el país tiene un futuro modesto. Ni lo sugiere la indiferencia general tanto del país como de sus elites y sus círculos dirigentes por los temas de política exterior. Entre ellos destaca el del rumbo de una Europa desvaída, cuyo Parlamento sigue siendo visto a distancia lejanísima y cuya Constitución ha sido ratificada por sólo un tercio del electorado español, con el agravante de que la inmensa mayoría de los partidarios de aquélla reconocen saber poco o nada sobre ella. Se trata, además, de una Europa ensimismada, que no sabe responder a los retos de la competición económica, la pobreza del tercer mundo, o la violencia internacional.

La fuerza de la inercia en la vida española actual, al menos en los ámbitos analizados, nos empuja hacia una combinación de división, confusión y apocamiento. Pero nada de esto es irreversible; y tampoco de nada de esto cabe hacer al gobierno de turno el único o el principal responsable. Porque es la sociedad misma, ciudadanos corrientes y dirigentes políticos incluidos, la que se hace o se deshace cada día.